

ANTECEDENTES

VEINTE DE JULIO DE MIL NOVECIENTOS SESENTA Y NUEVE

—

Es mi trece cumpleaños. Hace mucho calor. Del húmedo, como es habitual por aquí, cerca del Mar Mediterráneo. Del que sudas a base de bien y el sudor no se te va ni de coña. Joder. ¡Mierda! Los huevos me sudan especialmente. En todos los sentidos. Supongo que es normal a mi edad. Los pelos, que me han crecido hace relativamente poco, siempre están húmedos. Mierda otra vez. ¡Qué coñazo!

Digo que los huevos me sudan en todos los sentidos porque me la suda todo. Literal. Verdad. Bueno, casi todo. Leer novelas de miedo, el flan de mi tía, comer cacahuets y Pili, no. Esas cosas me importan y dan alegrías a mi vida. Son fundamentales para levantarme cada mañana y enfrentar las dificultades, la tristeza, el hambre en el mundo, las guerras, las injusticias.

Estoy en casa de mis abuelos, Amparo y Manuel. Da a una de las calles más importantes del ensanche de Barcelona. Ponen en la televisión la llegada de Aldrin, Armstrong y Collins a la luna. Qué casualidad. Justo el día de mi cumpleaños.

Como cacahuets. Todas las ventanas están abiertas de par en par a ver si corre un poquito de aire. La verdad es que lo de la luna no me interesa demasiado. Más bien me jode bastante. Gracias a las mierdas tecnológicas los yanquis han destrozado todo el romanticismo de la diosa Selene, dicen que hija de Zeus. Divinidad de la luz. Cae su mito. Pisoteado por las putas botas de los astronautas yanquis y la nave espacial esa, el Apolo 11 o no sé qué pollas, en la que llegan. Vaya mal rollo.

Selene se enamora del pastor Endimión y le pide a su padre que no muera jamás. Como ella no lo hará. Morir. Zeus le concede el deseo y él dice que bello humano duerme para siempre. Endimión también se enamora de Selene y se juran amor eterno. Cumplen su juramento. Tienen cincuenta hijas. Aunque no sé muy bien cómo lo hacen porque él está persistentemente en el mundo de los sueños para así no morir. Creo que se queda dormido por toda la eternidad en Olimpia y que Selene lo visita cada noche para dar rienda suelta a su amor. O sea, para follar, vaya. Si no de qué iban a tener tantas hijas (en esa época no hay condones). Supongo que Zeus le deja despertarse aunque sea un ratito para eso, para fornicar. O a lo mejor Selene se lo folla mientras él duerme. También es posible.

Es curioso que todas las hijas de los enamorados sean chicas. Lo he mirado en Google y no encuentro ninguna explicación.

Olimpia. La ciudad sagrada donde empiezan a celebrarse los Juegos, eso, olímpicos, más o menos dos mil ochocientos años antes de ahora. ¡Qué barbaridad! Antes incluso del nacimiento de Sofía, la Sabiduría. En verdad, Sofía no nace hasta hace unos dos mil seiscientos años, cuando Tales de Mileto inicia, de alguna manera, más o menos, y no se sabe muy bien cómo ni por qué, el paso del *Mythos* al *Logos*. Dicen que predice un eclipse. Y eso se considera como el nacimiento de la Ciencia, de la Razón, que entonces es lo mismo que Sofía, la Filosofía, el Conocimiento, el Saber.

(N. del E. Es extraño que un chaval de esta edad se ocupe ya de todas estas cosas. Escribimos al autor comentádoselo y nunca nos ha respondido...).

El poeta John Keats le dedica un poema. A Endimión. Lo titula *Endymion*. Muere el veintitrés de febrero de mil ochocientos veintiuno. El poeta; ya he dicho que Endimión es inmortal. Justo al lado de la Plaza de España en Roma. Keats. De tuberculosis. A los

veintiséis años. En la misma casa en que convive con el también poeta y filósofo Percy B. Shelley, esposo de Mary Shelley; autora de *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Uno de mis libros preferidos. Justo el que estoy leyendo en mi sillón favorito de casa de mis abuelos y sudándome los huevos mientras en la tele pasan la monstruosidad esa: la violación de Selene, la luna. Justo cuando estoy cumpliendo años.

Pienso en Pili. Creo que me gusta mucho. Hoy es domingo y hemos quedado con otros del colegio para ir al cine. Y con otras de su colegio. En algún momento tendré que decirle que me gusta. O no. Mejor sí.

Mi yaya prepara mi postre favorito. Por ser mi cumpleaños. Flan de vainilla. Super, superbueno. Ración cuádruple.

Ya son las cinco. Salgo para el cine Comedia, cerca de Plaça de Catalunya. Creo que es la primera vez que veo a Pili sin el uniforme del colegio, aunque va muy recatada, pese a ser verano y al calor. Está muy guapa. En algún momento tendré que decirle que me gusta. O mejor no. Sí.

(N. del E. La acción transcurre en Barcelona. Sin embargo, hay momentos en que parece que el marco sea la ciudad de Valencia. Ninguna explicación al respecto).

Hacen *El jovencito Frankenstein*, dirigida por Mel Brooks. Me siento al lado de Pili. Quizá le coja de la mano en la penumbra natural del local, a ver cómo reacciona. No se puede fumar en el cine. Lo hago disimuladamente. El aposentador me pilla y me tira del local diciéndome que tengo suerte de que no me ponga una multa de cinco duros.

(N. del E. La película referida se estrena en mil novecientos setenta y cuatro — 20th Century Fox—, por lo que lo que el autor narra es imposible. Advertido de

este error, se niega a corregirlo. También le advertimos de que en la época en que el hombre llega a la luna no existe Google. Misma reacción).

Espero en la puerta a que salgan mis amigos. Y Pili, claro. Ya puestos, termino de fumarme el cigarro, un Celtas Cortos. Es el último. No me quedan más. Estos cigarrillos son bastante fuertes, me resecan mucho la garganta. Creo que no estoy enganchado al tabaco, pero me gusta fumar. Me hace sentir más mayor.

Víctor Frankenstein también fuma en su castillo en la luna. Lo ha construido allí para estar aislado y poder hacer sus experimentos e investigaciones con tranquilidad. En soledad. Que nadie le moleste. Va a alcanzar el mayor avance jamás imaginado por la Humanidad, casi un milagro: crear vida. O, efectivamente, un milagro. Sin el *casi*.

Fuma y resuelve mentalmente la gran cantidad de problemas que le van surgiendo a cada paso que da mientras va acercándose a su sueño. Son básicamente problemas técnicos, pero también un poco éticos.

Llueve en la luna. La tormenta es tremenda, lo que le va muy bien a Víctor. Mediante una máquina muy extraña y compleja, de su propia creación, recoge los rayos que caen y los almacena como energía pura; energía que da la vida a su creatura cuando llega el momento. Esa energía generada por cada uno de los rayos —y caen más o menos cien o más cada segundo— es la equivalente a la que expanden las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki en agosto de mil novecientos cuarenta y cinco. Irradian isótopos de alto nivel plasmático a una frecuencia determinada por la siguiente ecuación, aparentemente muy compleja, lo reconozco¹:

¹ Vida media de un átomo radioactivo, https://es.wikipedia.org/wiki/Vida_media

$$\tau = \frac{\int_0^{\infty} tN(t)dt}{\int_0^{\infty} N(t)dt} = \frac{\int_0^{\infty} te^{-\lambda t} dt}{\int_0^{\infty} e^{-\lambda t} dt}$$

La bandera norteamericana que planta Armstrong está mojada. El terrible vendaval ha borrado la huella de su bota. Hasta los espíritus selenitas se han retirado esta noche a causa de la tormenta y Víctor se queda más solo que nunca. No le importa, obsesionado como está con sus investigaciones y prácticas, prohibidas en la tierra. También por eso se ha ido a la luna. Para huir de la prohibición y la persecución a la que se ve sometido por sus colegas y los poderes establecidos.

Lo más complicado es ajustar bien, bien la cabeza al tronco corporal. Sobre todo, los enlaces del cerebro con la red de nervios de la médula espinal. Todas las informaciones del cuerpo de su creatura —tacto, dolor, temperatura, tensión muscular y otras; todo lo que nos informa de las cosas importantes— tienen que pasar por ahí. Pero ¿y los nervios del alma? Esta es la gran duda ética de Víctor: ¿su creación tendrá alma? Si no, ¿será vida humana real y verdadera lo que ha creado? Si sí, ¿quién se la pondrá, el alma? Él no sabe cómo hacerlo...

Suena el teléfono. Lo coge la yaya. Me despierta. En la tele siguen con el rollo de la luna. Joder, qué *pesaos*, hostia. ¿No habrá cosas más importantes?

—Juan Miguelito. Es María para ti. —Me levanto del sillón. Cojo el teléfono.

—Dime.

—Oye, Juan Miguel, que el Ramón va a venir a buscarme con la Vespa sobre las siete para ir a la verbena. Que si quieres que pase a por ti y te trae a casa.

—Ah, vale. Sí.

—Pues ya se lo digo. Así te ahorras la caminata con el calor que hace. Es que luego vamos a las fiestas del barrio del Raval, cerca de donde vive el Ramón. Hacen un

pasacalle y después baile con orquesta. Y habrá *orxata* y *fartons*. Y cacahuetes. Y entrepanes de *butifarra*. Y vino con gaseosa. Va a estar muy divertido. Qué pena que tus padres no te dejen salir a esas horas. Yo se lo he dicho, ¿eh? Les he dicho que te dejen venir, y que el Ramón y yo cuidaríamos de ti. Pero no hay manera. Dicen que hasta que cumplas los catorce años tienes que estar en casa a las siete todos los días. De verdad que se lo he dicho.

Cómo se enrolla esta chica a veces. La verdad es que está toda buena, aunque sea bastante mayor. Tiene buenas tetas y buen culo. Pero se dobla que no veas.

—Vale, vale, te lo agradezco. Ya cuando tenga catorce años iré a vuestra verbena, no te preocupes...

—Bueno, pues entonces el Ramón pasa a por ti.

—Gracias, morena.

María está bien buena, sí. Me recuerda un poco a Angelica Jolie haciendo de Lara Croft en *Tomb Raider* (2001. Simon West. Mutual Film Corporation). Solo un poco, no mucho, pero sí un poco. Sin los morros ni las tetas tan *operaos* como la actriz, eso sí... Y un poco más rellenita. Más maciza, vaya.

(N. del E. *Tomb Raider* se estrena en el año dos mil uno, por lo que no es posible que el protagonista la haya visto. Advertimos al autor de este nuevo error. Se niega a corregirlo).

Por cierto, «¿dónde está Pili?».